Tomo XI

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 13

San José, Costa Rica **1925** Lunes 7 de Diciembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Una "Institución del Espíritu"

(De *El Mercurio,* Santiago de Chile).

Así llama d'Ors, *el nombrador de las cosas,* que nos ha nacido en raza española, a la revista de Costa Rica, Repertorio Americano. Una institución espiritual, eso que debería ser la prensa entera, pero que, mercantilizado, el cotidiano, hasta un punto indecible, pudiera por lo menos serlo la revista. Costa Rica, ese pañuelito angosto de tierra pobre, sin petróleo y sin salitre, tiene la «institución» hecha por el alma, y hecha no por un grupo de hombres, sino por uno, que no se llama, ni Lugones, ni Reyles, sino García Monge. El ha sido, durante diez años, el divulgador de los pensamientos mejores que se piensan, del Río Bravo al Sur, el reiterador de las órdenes del día—que así pudieran llamarse—del pensamiento español. Un semanario de veinte páginas, hace más obra que dos Normales, de maestros y muchísima más que cincuenta liceos.

Allí la síntesis filosófica; allí la tribuna de la «escuela nueva»; allí el poema depurado; allí el bravo comentario social: allí la voz de aliento para quien trabaja denodadamente: allí todos, uno a uno, los compartimientos del espíritu, el de la gracia y el de la verdad, teniendo la gracia el mismo espacio que la política y la historia el mismo que el *folklore.*

Y no trabajo de nacionalismo infantil, «para Costa Rica»; sino la faena que mira, con diez caras vivas, lo mismo al Perú que al Uruguay y que a Chile. Ese oficinista del Continente, especie de Ministro de Relaciones de las Españas divididas—García Monge—ha trabajado para cada uno de nosotros, y no hay quien no le deba algo, entre cuantos tenemos la pretensión de aprendizaje o de docencia, en estos países. Ahí hemos conocido el último buen poeta o nos han llevado de la mano a comprar la mejor novela del año.

Pero no revista de especialismo, esa cosa semejante a una aburrida colección de un millón de insectos que yo he visto en no sé qué museo. Material para el obrero culto, y para el político, y para el maestro de escuela. Hombre más traspasado de sentido humano, más ricamente dotado para el servicio de los demás hombres, no conozco entre los nuestros como este García Monge.

Nada de la hoja satinada de la *Revista de Occidente,* ni del tipo gótico de la misma; nada de las franjas de color, generalmente cursi, de otras, sino un papel hecho noble por los títulos ilustres y la apretadura de las columnas.

Alguna vez decía yo a un amigo, en medio de una discusión sobre democracia: «Yo quiero la democracia, vestida como el Repertorio Americano, y nutrida de cultura como el mismo Repertorio; esa modestia y esa substancia, pero no la democracia de bordes dorados y texto estúpido».

Así la revista de Costa Rica, ha pasado a ser, para mí, un tipo, ya no sólo de publicación, sino de individuo...

Me dirán que tenemos *Atenea.* Sí, es excelente revista, buen pórtico de universidad. Sin embargo—y perdonen la franqueza mis amigos que la hacen—vale tres pesos; está al alcance del profesor con sueldos nuevos y del estudiante que tiene fundo, no del obrero que quiere estudiar, ni del liceano común.

Tenemos *Rodó,* más barata que *Atenea,* y con mucho denuedo para hablar de cuestiones sociales y políticas. (Es la única publicación nuestra que cumplió decorosamente, hace unos meses, diciendo en el conflicto de México con Estados Unidos, lo que había que decir sobre la humillación sufrida por aquel país). Tenemos, todavía, *Cultura,* esfuerzo editorial muy encomiable de un profesor modesto y que vale muchísimo, el señor Dinamarca. Pero ninguna de las tres revistas nombradas cumple como Repertorio Americano, con estos postulados: ser un semanario, es decir, tener la insistencia, útil; estar al alcance del pobre con ansia de luces; servir a la cultura general, en cada número, con la variedad maravillosa de materias; distribuirse infinitamente; ser un órgano de muchos pueblos.

Demasiada preocupación de nosotros y un gran descuido de la información del mundo, hay en las publicaciones que nos nacen en Chile, y la atención del Universo es la única prueba de una cultura. Damos demasiadas vueltas sobre lo local. Bueno es servir a lo próximo, pero no cubrir el horizonte con lo nuestro. Hasta el mejor nacionalismo se acaba por teñir de regionalismo, es decir, de necedad. Comentábamos en un paisaje, una vez, la antipatía de un bosque admirable; le venía de anegarlo todo, montaña, poniente, loma: esa es la antipatía del nacionalismo.

Tarde conocemos, en Chile, a los escritores grandes de la última hora; venimos sabiendo, hace dos años de Conrads, hace un poco más de Shaw, que es un anciano, hasta del creacionismo de Huidobro nos venimos a dar cuenta... ahora que el poeta ha vuelto. Y si la revista no sirve para anticiparnos el conocimiento de los valores actuales, ¿para qué sirve?

La muy relativa cultura que poseemos tiene estos dos defectos: no ser popular; andar *como el alfiler de brillante* en la corbata de los afortunados, y estar sumamente atrasada. Hay una cantidad de vicios americanos que son pura «oreja tardía», como dicen los campesinos; nuestro jacobinismo que hace reír a Papini, es eso sencillamente.

Todavía las revistas reproducen a Nervo y a Valencia en aquellos poemas que, por divulgados, llegan a dar el empalago. Lo que Huidobro llama «las mentes primarias de Chile», no ha pasado con la generación de los Blest Gana.

Veinte centavos vale, en el último pueblo de Costa Rica, la revista ilustre que hemos comentado y a la cual da Ors trascendencia de *Universidad popular*. En nuestra vilísima moneda, cobremos por una semejante, cincuenta centavos, pero no tres pesos, ni uno siquiera.

¿Resucitar *Los Diez?* Tal vez; no hemos hecho después cosa mejor. Pero ojalá en esa resurrección, la división de la *decena* en pintores, músicos y ensayistas, se hiciera una división de culturas y tuviéramos «el Hermano divulgador de lo escandinavo», el «Hermano contador de lo eslavo», el que explique lo chino, el que revele lo yanqui y el que ordene lo español.

En este momento de desorientación, los escritores chilenos parecen estar enteramente olvidados del «encargo» que tienen de decir lo que piensan. Los escritores han ensayado en América varios modelos de artista: los que eligieron a Rodó cayeron en la retórica; los que miraron hacia Leonardo, se atollaron en dilettantismo vanidoso; los d'anuncianos del Trópico han andado muy mal. Acaso sea el mejor modelo para la hora ese hombre sencillo y fuerte como una barra de acero, que se llama Wells, novelista, periodista, educador. Forma en su Inglaterra el criterio político de varios millones de trabajadores y el educacional de algunos miles de maestros. Envidiable misión para un hombre.

En esta hora de «prudentes mutismos», hay por ahí unos «temerarios» que están gritando lo que se les agita en la conciencia. El tono es desmesurado; su cuerpo de doctrinas resulta, en muchas partes, discutible, pero tienen, para mí, la honra insigne de su valor civil. Son ellos los profesores de NUEVOS RUMBOS. Me cubrieron de reproches (hasta de acusación de jesuitismo) en alguna ocasión en que fuí a visitarlos; y salí de su local como para que me «mantearan» según la aventura del *Quijote*. Sin embargo, les reconozco *el que están vivos*, es decir, que hablan y defienden lo suyo; y dan ejemplo a los que callan por miedo o por pereza. Fuí a defender en su sociedad la religión en la escuela, con muy mala fortuna. Pero volvería diez veces más a estar con ellos: airean con la discusión el almacén de sus ideas, que en otros huele a subterráneo pútrido. No hay higiene mental, no hay limpieza espiritual, sin apertura de ventanas. En este momento, todos murmuramos, y se oye a lo largo de Chile un rezongo de viejas en un cuarto cerrado. Más honesto es hablar, y hablar sin violencia ni obscenidad, como caballeros y como señoras, de lo que nos parece bueno, malo y peor. «Lo terrible de ustedes, le decía un yanqui a un escritor hispano-americano es que, o están callados y diciendo en su interior palabras tremendas o dicen, en voz alta, mentiras». Es la verdad: muy valerosos cuando no nos oyen, y embusteros cuando hablamos para que nos oigan. Yo le rectificaría algo al yanqui. Cuando el valiente habla, entre nosotros, el coraje se le vuelve insulto u obscenidad, es decir, epilepsia, y la epilepsia no es salud ni sirve para nada.

Un hombre de Centro América nos ha enseñado a hacer una publicación que podemos llamar de *democracia superior*. En Chile hay más medios para reproducir esa faena, tan sencilla y tan profunda, de Joaquín García Monge.

GABRIELA MISTRAL

La Serena, octubre de 1925.

El incidente con el Ecuador

(De *El Gráfico*, Bogotá).

El 17 de octubre del presente año dirigió el doctor Leonidas Pallares Arteta, Ministro del Ecuador, una nota al señor Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Eduardo Restrepo Sáenz, en la cual «de manera amistosa pero firme» hizo algunas observaciones al tratado colombo-peruano, en ese entonces sometido a la aprobación del congreso, por considerar que «la buena fe y la lealtad» imponen a ambas naciones un estricto cuidado para que ningún arreglo de límites con el Perú perjudique a la una o a la otra. Para el distinguido diplomático el tratado en cuestión es un peligro, una vez que las compensaciones territoriales de las altas partes contrantes permiten al Perú rodear la heredad del Ecuador, que de esa suerte queda colocado en una difícil posición estratégica. Agrega que la inquietud y el disgusto reinantes en la opinión pública de su país, «el cual vería correspondidas de ese modo las muchas pruebas de amistad y solidaridad que le ha dado a Colombia», quedan justificados al extremo de que sólo «los sentimientos de acendrado americanismo y de amor a la paz» hacen detener al Ecuador en el camino de llevar la protesta hasta donde debería, por lo cual se limita a una petición amistosa para que se le tenga en cuenta en el arreglo de límites so pena de provocar un relajamiento de los lazos de amistad que unen a los dos países.

Esa nota fué contestada por la Cancillería colombiana el 27 de octubre también en forma amistosa pero firme. «Al celebrar el pacto de 1922 el gobierno colombiano puso especial esmero en no adaptar cláusula que pudiera perjudicar a los legítimos derechos del Ecuador». El tratado de límites colombo-ecuatoriano de 1916 autoriza a cada una de las naciones contratantes a disponer del territorio señalado a cada una, sin ninguna obligación de perjudicarse, la que tenga necesidad de hacer con otra un nuevo arreglo, para no desmejorar la posición estratégica de la vecina. «Ese respetable dictamen de V. E., no es completamente válido porque inhabilitaría a Colombia para fijar con el Perú cualquiera frontera que por este o aquel motivo, en esta o en cualquiera otra posición del territorio, pudiera ser estimada por la República del Ecuador como perjudicial a sus intereses, hipótesis que iría siendo más y más posible con el tiempo a medida que las vías de comunicación terrestres o aéreas facilitaran el acceso de un punto cualquiera de territorio litigioso entre Colombia y el Perú y un punto de la frontera colombo-ecuatoriana pactada en 1916». «La fijación definitiva de esta última frontera constituye los territorios colombiano y ecuatoriano de cada lado de la raya en igualdad de condiciones respecto de la defensa e intereses respectivos, de suerte que con el mismo criterio seguido por V. E. podía aspirar Colombia a que el Ecuador no estableciese modificación alguna territorial adyecente a nuestra frontera».

Al doctor Pallares Arteta le pareció que en la nota colombiana se había empleado «un criterio de apreciación inadmisible dentro del sentido exacto de los antecedentes, de su interpretación procedente y de las cordiales relaciones de ambos pueblos». Y cumpliendo instrucciones de su gobierno, aprobado ya por el congreso de Colombia el tratado con el Perú, agregó que el Ecuador estima «como acto inamistoso» el proceder del gobierno colombiano, proceder que «ha herido profundamente los fraternales sentimientos del pueblo ecuatoriano», por lo cual su gobierno ha ordenado el inmediato retiro de la legación y la consiguiente partida del ministro. A esa nueva nota contestó el señor ministro de relaciones exteriores deplorando la determinación tomada, pero reafirmando una vez más, en términos inequívocos e incontestables, no sólo la lealtad de Colombia para con la hermana de las horas gloriosas y trágicas, sino el derecho que le asiste para disponer de lo propio en la forma que mejor consulte sus altas conveniencias, existiendo un estado jurídico perfecto que emana en mucha parte del tratado celebrado en 1916 entre Colombia y el Ecua-

dor, que da a cada una de las naciones derechos territoriales de que la primera «ha usado con perfecta facultad al pactar el tratado de 1922 con la nación peruana».

Es en extremo sensible que dos pueblos que crecieron en la misma cuna y que a través de la existencia se han dado múltiples y recíprocas muestras de compañerismo y de afecto, se vean obligados hoy a distanciarse no tanto en virtud de un tratado que en nada menoscaba derechos de ninguna índole del país que se queja, cuanto por razón de agravios injustificables y excesivos de oradores y escritores que se dejan llevar en la corriente de las iras populares. Hemos de confiar en que pasado el minuto de locura que sigue a toda acción mal entendida o perversamente tergiversada, restablezca el Ecuador su legación en Colombia y continúe viendo en ella a la hermana del pasado que por todos los caminos la sabrá acompañar en lo futuro. La exasperación de las ciudades ecuatorianas provoca a la exasperación porque no hay hombre bien nacido que pueda escuchar sin fruncimientos presagiadores de terrible cólera la amenaza y el agravio que se hacen a la patria. Pero es preciso dominar esos impulsos, contener el sentimiento de indignación que producen frases tan torpes como la de que Colombia sucumbirá porque así lo pronostican y desean populacheros agitadores de Quito, para esperar a que lleguen al Ecuador los ecos de simpatía con que todo el país renueva el sentimiento inicial de su vinculación profunda en el momento de la despedida.

Que se le dé tiempo al tiempo. La negociación de Colombia con la nación peruana no está basada en propósitos hostiles al Ecuador, que serían criminales, ni se ha edificado sobre basamentos de arena. El clarísimo y perfectísimo derecho que la autorizó a pactar quedó magistralmente consignado en las notas colombianas, que honran a la cancillería y permiten adivinar el sentimiento de un gran señor de la patria y la pluma de un gran señor del idioma. Estas notas son dos monumentos de elegancia y de solidez impresionantes. No tienen una grieta. No hay por dónde discutírseles. Caballeroso tono y firmeza de estructura. No han podido ni debido hacerse más suaves ni más ásperas. Tienen todo lo que exige el país: fraternidad para el pueblo a quien debemos demostraciones que nunca olvidaremos y que son altísimo valor aunque nos la recuerde con demasiada insistencia, y seguridad de que se están défendiendo un derecho y una intención no sólo límpidos sino sagrados. La mente y el corazón de Colombia respaldan esas notas.

Es absurdo comparar la actitud del Ecuador, para excusarla, con la que observarían los Estados Unidos si negociáramos con el Japón las islas de San Andrés y Providencia. Y es absurdo pensar que le tiramos el Ecuador al Perú como quien tira un mendrugo para que lo devore. No es por culpa nuestra que esos dos países son limítrofes. Tienen centenares y centenares de leguas de contacto. Que tengan un nuevo punto, por razón de las compensaciones territoriales del tratado colombo-peruano, no es motivo de intranquilidad adicional, pues si enemigos, son suficientes las entradas de la frontera ya reconocida para una invasión en toda forma, y si amigos, nada pierden, antes ganan, con el acercamiento. Aceptaríamos la queja que tan rudas explosiones ha tenido en la nación vecina si el Ecuador y el Perú estuvieran separados por una zona colombiana que ahora hubiéramos cedido para juntar al uno con el otro a despecho de su enemestistad o de su miedo. Pero tenemos que rechazar con energía el cargo de deslealtad y aun el de simple desconsideración por el hecho inocente de haber dispuesto en la forma que el gobierno estimó conveniente de lo que limpiamente adquirimos, habiendo sido largos en materia de compensaciones territoriales con el Ecuador, y que poseemos hasta hoy con justos títulos.

No es por otra parte cierto que el Perú sea enemigo secular del Ecuador, con el cual no cultive relaciones, y nos atreveríamos a asegurar que no es eso lo que dice el ministro ecuatoriano en Lima. Por otra parte, en la amistad de las naciones hay flujo y hay reflujo que unas veces permite y otras impide la llegada de sentimientos cordiales. Para no hablar sino de un caso que ilustre lo primero, o sea el acercamiento, la inteligencia, la cordialidad, nos bastará decir que en 1904 estaban el Ecuador y el Perú en tales términos que negociaban a espaldas de Colombia un tratado de mayores aristas que el que ha herido ahora la susceptibilidad de los hermanos, Todavía no se ha apagado el eco del famoso y audaz discurso del general Uribe Uribe en Lima, cuando advirtió que en esas negociaciones que se adelantaban les sería preciso escuchar la palabra de Colombia. Después negociamos con el Ecuador. El tratado de 1916 puso fin a resquemores y diferencias. Todo quedó arreglado. Ahora se trata de arreglar con el Perú. ¿Qué hay en ello de malo? ¿Y qué hay en ello de desleal, sobre todo si se sabe, y se recuerda que Colombia ofreció siempre al Ecuador su mediación y que nuestro ministro en Lima llevó instrucciones para procurar prestar servicio en la búsqueda de una solución que hermanara definitivamente a esos dos pueblos ilustres?

No se olvide además que las cuestiones de estrategia se están relegando ya en nuestra América a la categoría de cosas antiguas y estorbosas. Cada día que pasa se hacen más difíciles y por otra parte más innecesarias las soluciones violentas. Adquirida la mayor edad, que para ello es acaso suficiente el siglo largo que llevamos de vida soberana, todos estos pueblos de la América Latina están buscando la manera de resolver sus litigios en el terreno de la discusión amistosa, iluminados por el recuerdo de las glorias y los padecimientos que nos fueron comunes. De manera singular debe ser ello cierto y debe ser plausible entre las naciones llamadas bolivianas. El mismo genio dió vida a nuestras patrias y los mismos hombres con los mismos fusiles y las mismns banderas se pasearon en triunfo desde Caracas hasta la Paz fundando pueblos y destrozando cadenas. No debe escucharse la voz de la locura. Todo lo que mancomuna debe preferirse a lo que aparta y disuelve. Así, estrechamente unidos, sin dejarnos ganar de ese recelo que hasta en lo más luminoso encuentra sombras, podemos aspirar a la grandeza y recibir la fortuna. Nosotros alimentamos la esperanza, y por lo menos formulamos el deseo, de que hallada la injusticia de la actitud ecuatoriana por los mismos que ofuscados la asumieron, será rectificada en plazo tan corto que no será siquiera necesario un cambio en el personal de la Legación que en forma tan visible se ha hecho al cariño de los bogotanos y a la simpatía de Colombia.

L. E. Nieto Caballero

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los colaboradores que hallen acogida en sus columnas, opinan con suma libertad. Sin que esto implique que su editor haga propias las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

Los niños de las escuelas públicas de Cundinamarca

en la Cámara de Representantes y en el Senado de Colombia

A moción del representante Manjarrés, y otros, y por unanimidad, se aprobó la siguiente proposición:

«La Cámara de Representantes saluda a los superiores y a los niños educandos que de todas las escuelas primarias del Departamento de Cundinamarca y por laudable iniciativa del señor Director de instrucción pública se hallan hoy en esta ciudad, sede del pensamiento colombiano, y hace votos porque, en las impresiones que de todo orden han experimentado, encuentren un estímulo perenne para progresar en las nobles disciplinas de la inteligencia y un elevado motivo para cultivar en sus almas el grande y sacro amor de la patria».

Para sustentarla el representante Manjarrés dijo:

«Señor Presidente y honorables representantes:

Es sobremanera conmovedor y halagüeño el espectáculo que se ofrece a nuestros ojos: los escolares de Cundinamarca, que por loable inspipiración del señor Director de Instrucción Pública del Departamento, ocupan, alegres y sonrientes, las barras de la Cámara, con el propósito de conocer el recinto de este templo de la nacionalidad colombiana en donde se fabrican las leyes y en donde se labora por las grandezas del país.

La felicidad de la patria está en vosotros, oh niños, cuando hayáis colmado vuestras inteligencias en las vivas fuentes del saber; el éxito de la Nación os pertenece, por modo confuso y misterioso ahora, por modo claro después, cuando hayais aprendido a cumplir la misión augusta del ciudadano; cuando podáis perseguir los grandiosos ideales por medio del pensamiento que dignifica y del trabajo que enaltece.

Bella fué la hora en que el filósofo que recorría las ciudades y los campos admirando esculturas de severa majestad, columnas y capiteles trabajados por el cincel insigne de insignes escultores, lienzos de sereno colorido y la inmortal hermosura del paisaje, detúvose ante la contemplación de los niños de la Jonia clásica para atribuir a su candor y jovialidad mayor suma de perfección que a toda la obra de la naturaleza y del arte. «Sed como niños», fué la síntesis de la emocionada lección del sabio en presencia de aquellas almas sonoras como las ondas del Mediterráneo que lamen bulliciosas las costas de las siete islas encantadas y de aquellos corazones puros como la flor del loto en las leyendas escandinavas.

Y vosotros, maestras y maestros, apóstoles de abnegación y de constancia, permitidme que os salude fervorosamente en nombre del pueblo de Cundinamarca, que me envió a esta tribuna, y en nombre de la Nación entera, cuyos poderes ejerzo por mandato de la Constitución.

Dejad a los niños que vengan a mí, porque de ellos es el reino de los cielos, fué la palabra del ángel de bondad, pronunciada por boca del divino Rabí de Galilea; dejad a estos niños que visiten la honorable Cámara, porque de ellos es el vasto reino de la República».

La aprobación de esta moción fué recibida por los excursionistas con calurosos aplausos y gritos en honor de los representantes.

Saludo a los excursionistas

Los senadores Valencia, Jaramillo Isaza, Rengifo, Melo, Gaitán, Cote Bautista y otros presentaron esta proposición:

«El Senado de la República se complace en presentar su cordial y atento saludo a los simpáticos excursionistas de los colegios y escuelas de Cundinamarca, y a sus dignos maestros y superiores, que actualmente visitan la capital de la República; les desea grata permanencia en esta ciudad, y hace votos muy fervientes porque su visita a esta metrópoli, justamente reputada como la Atenas sudamericana, sea fecunda en bienes para quienes son los ciudadanos del porvenir, y, en general, para la patria colombiana, que tanto necesita de la cooperación eficaz y del esfuerzo de sus buenos hijos, para su progreso y engrandecimiento.

Bogotá, octubre 13 de 1925».

Discurso del maestro Valencia

Leída la proposición por el señor secretario, el señor Valencia pronunció este discurso que le mereció de todos sus colegas y del grande auditorio de pequeñuelos los más efusivos aplausos:

«Señor Presidente:

Es para nosotros día de júbilo éste en que los niños de las escuelas públicas de Cundinamarca, conducidos por sus maestros, han llegado a tocar a la puerta de este recinto. Bien venidos sean, y lleven también nuestro saludo los promotores oficiales de esta peregrinación de cultura que ha proporcionado a los escolares la singular fortuna de visitar la capital de Colombia y de advertir el regocijo público que causa su venida a quienes, conmovidos en lo más hondo de nuestra alma, los hemos visto unas horas desfilando por las calles de la ciudad. Estoy seguro de que estos días dejarán huella imborrable en el alma de los pequeños; e imagino la docta enseñanza que habrá caído de labios de sus conductores al mostrarles los sitios en donde nuestros padres pensaron y sufrieron para darnos una patria. Grabad hondamente en vuestra alma la imagen de Bogotá, la ciudad procera y magnánima, cuna de grandes sabios, almáciga de sabios. urna de mártires, crisol magnífico en que se aquilata el alma nacional, ciudad culta, ciudad vigilante. ¡Qué bien habéis hecho en visitarla a los acordes del Himno Nacional, que es como la voz del patriotismo dulcificada por el arte, y bajo la égida de nuestro pabellón, que es como el brillante símbolo de Colombia misma. En este asilo augusto de las leyes se os recibe con los brazos abiertos en el instante mismo en que vuestro porvenir, ¡oh niños! nos preocupa hondamente y nos congrega para serviros y, hasta donde sea humanamente posible, para asegurar vuestro porvenir y haceros aptos para todas las luchas. Jurad, pues, con toda la fuerza de que sean capaces vuestras almas, adhesión sin reservas a nuestra amada Colombia, a sus glorias, a su fe, a sus empresas, sin olvidar tampoco a vuestros maestros, cuyo poder creador ha encendido la luz entre la tiniebla original de vuestros cerebros. En un día como éste el Emperador don Pedro II del Brasil condensó en una frase profunda la nobleza del magisterio, que algún día alcanzaréis vosotros a medirla en toda su grandeza y alcance: «Si yo no fuese, dijo, emperador, querría ser maestro de escuela».

Posteriormente la proposición se aprobó con el voto unánime de los senadores.

(De *El Tiempo*, Bogotá).

En otra parte se verá el encomio que hace Gabriela Mistral de la obra que ha sido posible realizar en este semanario. Por lo que tenga de honroso para Costa Rica, confiamos en que nuestros lectores y favorecedores lo leerán con gusto. En realidad, para ellos han de ser palabras satisfactorias las de Gabriela; han de animarlos a seguirme dando la cotribución mensual que en todo tiempo me han dado y sin la cual—es claro—el REPERTORIO no podría salir. Por cierto que, como en piedra millaria, alguna vez hemos de inscribir los nombres de aquellos patriotas costarricenses—agentes y suscritores—que de modo firme y continuo me han dado su ayuda.

Con el elogio, Gabriela me remite estos renglones que conviene reproducir:

Mi amigo querido:

Va eso en prueba de recuerdo leal.

Me han nombrado para la Jefatura de la Sección Letras del Instituto de la Liga de las Naciones. Aun no acepto. Si aceptara ¿querría su gobierno dármelo de compañero, como representante de Costa Rica en la institución? ¡Alegría y honra para mí! Le avisaré si me voy, para los efectos de este asunto. ¿Servirían unas palabras mías para su Ministro de Relaciones?

Recuerdos a los buenos amigos de allá. Un abrazo de su compañera que tanto le quiere,

GABRIELA

Le hemos contestado, diciéndole que por ahora su generoso propósito, en lo que a nosotros respecta, no es ni oportuno ni viable. También le hemos declarado que nunca hemos recibido un homenaje de simpatía y aprecio más honroso que el que entraña la carta anterior.

Alberto Guillén prepara una Antología de poetas jóvenes de América, que editará la casa CALPE de Madrid. Los jóvenes que quieran colaborar en tan loable empresa, diríjanse al Sr. Guillén: Avenida Arica, 328. Lima, Perú.

Comienzan a llegarnos papeles que se relacionan con el incidente desgraciado que terminó con los días fecundos de Edwin Elmore, nuestro amigo y colaborador. Oportunamente le rendiremos al malogrado compañero Elmore el homenaje que se merece y publicaremos algunos escritos inéditos que de él nos quedaron.

Anotamos complacidos que el actor español Ricardo Calvo terminó la temporada escénica poniendo al alcance de todos el bien de la perdurable emoción artística de algunas piezas del teatro español, viejo y nuevo. En la cultura literaria y artística de varias generaciones, esta temporada de Ricardo Calvo dejará recuerdos vivos. De los campos y ciudades, centenares de niños, hombres y mujeres han venido a escucharlo.

Tablero

=1925=

Es extraordinaria la demanda que hay de teatro clásico y romántico español, de teatro de Shakespeare y aun de trágicos griegos. La lectura de autores españoles que la presencia de Ricardo Calvo ha suscitado es notable. ¡Que eso dure lo anhelamos!

A uno de los empresarios, al Sr. Rodó, le declaramos oportunamente que soñábamos con el teatro artístico gratuito para el pueblo. Algunas gentes de ideario atrasado, por ahí juzgaron nuestra ocurrencia censurable y hasta divertida. Días después, en *El Sol* de Madrid nos hallamos con este editorial que confirma nuestros anhelos:

El teatro gratuito

En Leeds, una de las más industriosas ciudades de Inglaterra, va a procederse en breve a la implantación, por vía de ensayo, del teatro gratuito. Desde los tiempos clásicos hasta la reglamentación que los espectáculos de arte han sufrido en la Rusia soviética no se había llegado, que nosotros sepamos, a las vías de hecho en ese propósito, tan altruista como civilizador, que es el «arte» para todos.

Reconocido el valor cultural del arte y su influencia tan directa en las costumbres, en la vida moral y espiritual de un pueblo, no se ha pasado, por lo menos en la práctica, a metodizar ese sistema de educación artística de las masas. No se ha intentado averiguar, reconocida la importancia de que los espectáculos de arte alcancen a todos los sectores de la vida ciudadana, por cuál de las diferentes artes sería útil comenzar; es decir cuál de ellas era más asequible a las costumbres actuales del *demos*, cuál contaba con más factores probables de eficacia, cuál sería seguida con mayor interés y cuál arraigaría mejor en el alma popular. Si examinamos qué es lo que se hace actualmente en este sentido, veremos que precisamente el arte por todos conceptos más asequible y qué más fácilmente llega a las gentes, el teatro, es el que ha sido objeto de menores cuidados.

El favorito, el que puede alardear de algo como una aristocracia en su público, el arte pictórico, es el que en todas épocas ha ocupado la atención de regentes y gobernantes. La fundación de museos, es, positivamente, una conquista de gran trascendencia para el espíritu democrático. Y al preguntarse: ¿por qué se ha empezado por ahí?, se responderá que la creación de museos se debe más a la ambición magnánima de sus creadores de perdurar por su desprendimiento en el ánimo de las gentes que del deseo de fomentar su cultura y aguzar su sensibilidad. Se legaba una colección regia de pinturas en el mismo espíritu que se hacía levantar un monumento.

Los reyes y magnates, gozadores refinados de placeres musicales al mismo tiempo que coleccionadores de obras maestras de la pintura, no se preocuparon de llevar la música a las masas del mismo modo que les legaban sus colecciones, ni el pueblo era admitido, salvo excepciones contadísimas, en los dispendiosos festejos en los que el teatro, las músicas y las danzas entraban en colaboración. La revolución francesa concedió una gran significación democrática al canto coral y á ciertos espectáculos; pero de ello no queda hoy otra cosa que los conciertos musicales por plazas y calles de las bandas militares o las que sostienen los Ayuntamientos.

El teatro no ha tenido la fortuna que las que las bandas de armonía, festejo menos artístico que democrático, y al que habría que tratar en un pie de igualdad con los bailes de *kermesse*. El gaitero de la aldea y los bailes de las romerías son sus antepasados.

No hablaremos aquí de aquellos antepasados del teatro que fueron, en esencia, de la más pura sustancia democrática. Solamente ciertas funciones de iglesia quedan hoy como restos perdurables de aquéllos, y, en algunos pueblos de nuestras provincias de Levante, ciertas reliquias del primitivo teatro, entre religioso y profano que, por lo menos, conservan hoy esa pintoresca ambigüedad. En Mallorca, en algunos pueblos de Valencia, en Alcoy, en Elche, en Jijona arden por estos días estos festejos en los que las vidas de los santos se mezclan atrevidamente con los episodios de «moros y cristianos», convenientemente aderezados con un acompañamiento de tracas, mosquetes y bombardas.

Mas ya que no el teatro, un sustituto suyo («esto matará a aquello») ha encontrado sitio en tales tingladillos precarios. El *cine*. El cinematógrafo será al teatro, lo que las bandas más o menos municipales son a la orquesta. La tentativa de los generosos ciudadanos de Leeds llega acaso un poco retrasada para que se vea imitada con abundancia. El *cine* y los partidos de fútbol han asumido el carácter de los grandes espectáculos de las democracias antiguas.

A su lado las fiestas tradicionales comienzan a palidecer, y las verbenas no pueden alcanzar más que un tímido valor de regocijos para la parroquia del barrio.

El teatro, se dice, está en crisis. ¿Qué género de crisis, y gravísima, no pasaría el museo, por ejemplo, abandonado a sus propias fuerzas? Lo que los ciudadanos de Leeds hacen es, sin darse cuenta, un esfuer-

zo aristocrático en vez de democrático. Tratan de salvar de la ruina al espectáculo teatral. Dentro de poco, el sostenimiento de los teatros, de los conciertos, pasará a ser una de las cargas del Estado, como hoy lo son la conservación y crecimiento de sus colecciones de pinturas.

En dos ocasiones el Congreso de la República ha tratado de hacer justicia a la memoria del educador chileno don Zacarías Salinas, contratado en otro tiempo para la dirección del Liceo de Costa Rica. Recogemos el homenaje del Congreso para que de él sepan los educadores chilenos, nuestros amigos, en quienes hay un sentimiento tan vivo de simpatía por Costa Rica.

Nº 178

EL CONGRESO CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA

En atención a los importantes servicios prestados al país por el Profesor don Zacarías Salinas Sotomayor, como organizador de la Enseñanza Secundaria y Director del Liceo de Costa Rica, en la época más azarosa por que han pasado nuestras instituciones docentes, y para ayudar a la realización del proyecto que, para su repatriación a Costa Rica, tiene la Junta de Directores de Segunda Enseñanza,

DECRETA:

Artículo único.—Concédese un auxilio del Tesoro Público de dos mil colones (₡ 2.000-00) a la Junta de Directores dicha, para que con estos fondos y los que haya producido la suscripción voluntaria levantada al efecto, proceda a la repatriación del expresado señor Salinas, e inclúyase esta erogación en el Presupuesto de Gastos del año en curso.

COMUNÍQUESE AL PODER EJECUTIVO

Dado en el Salón de Sesiones del Congreso.—Palacio Nacional.—San José, a los catorce días del mes de agosto de mil novecientos veintitrés.

ARTURO VOLIO
Presidente

NAUTILIO ACOSTA, Segundo Secretario — JORGE ORTIZ E., Primer Prosecretario

Casa Presidencial, San José, a los veintiún días del mes de agosto de mil novecientos ventitrés.

Ejecútese

JULIO ACOSTA

El Secretario de Estado en el Despacho de Educación Pública,

M. OBREGÓN L.

Nº 23

EL CONGRESO CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA

Considerando:

Que la suma de dos mil colones votada en ley N.º 178 de 21 de agosto de 1923, ha quedado sin aplicación por haber fallecido el profesor don J. Zacarías Salinas,

DECRETA:

Artículo único.—Autorízase a la Junta de Directores de los Colegios de Educación Secundaria y Normal, para que dicha suma sea invertida en la adquisición de una placa conmemorativa de la actuación del expresado profesor y en la institución de una beca temporal para el mejor alumno o alumna de cualesquiera de los Colegios de Segunda Enseñanza de la República, beca que deberá otorgar después del curso lectivo actual, el Consejo de Directores de esos planteles de Enseñanza Secundaria, de acuerdo con la reglamentación que considere más conveniente.

COMUNÍQUESE AL PODER EJECUTIVO

Dado en Salón de Sesiones del Congreso.—Palacio Nacional.—San José, a los veintiún días del mes de octubre de mil novecientos veinticinco.

LEÓN CORTÉS
Presidente

LEONIDAS ROJAS, Primer Secretario — JORGE ORTIZ E., Segundo Secretario

Casa Presidencial.—San José, a los veintitrés días del mes de octubre de mil novecientos veinticinco.

Ejecútese

RICARDO JIMÉNEZ

El Secretario de Estado en el Despacho de Educación Pública,

N. QUESADA S.

(*La Gaceta*, San José de Costa Rica).

El Imparcial de Guatemala, muy buen diario, lo mejor que hay por estos lados, en su página editorial reproduce dos sonetos de nuestro Carlos Luis Sáenz que en el REPERTORIO Num. 1 del tomo en curso, vieron la luz: *La hoja seca* y *La estrella viva*.

Homenaje
del Colegio de Abogados al Lic. Brenes Córdoba

Palabras del Lic. SÁENZ CORDERO a nombre de la Directiva.

Señores:

Hace algunos años, no muchos, que adelantándonos a las esperadas consagraciones de la historia, nos reunimos en este mismo recinto, que tantos oradores enaltecieron con el brillo de su palabra, y tantos ilustres varones con su presencia, para colocar un retrato al óleo del recordado catedrático Doctor don ANTONIO ZAMBRANA, de aquel viejo maestro de la juventud costarricense, quien en las postrimerías de su vuelo luminoso por las regiones del ideal, bajo el diáfano y ardiente sol de Cuba, apenas tuvo tiempo para recibir el mensaje de simpatía que sus discípulos le enviamos a tierras lejanas. En aquella memorable ocasión tuvimos el honor de hacer el elogio del festejado, los Lics. Tovar, Castro Saborío, Gómez y el que habla.

Hace algunos meses, no tantos para que ninguno de los que aquí presentes lo haya olvidado, volvimos a reunirnos en sesión solemne, en este mismo lugar, para tributar otro homenaje de gratitud y simpatía a dos viejos catedráticos de esta escuela, cuyos méritos indiscutibles, los señalaban como dignos de ser glorificados en vida, por quienes tuvimos el privilegio de ser sus alumnos. Me refiero desde luego a los Lics. don ALBERTO BRENES CÓRDOBA y don JOSÉ ASTÚA AGUILAR. Fueron los oradores en aquella magnífica asamblea los Lics. Vargas Calvo, González Rucavado, el alumno de la Escuela de Derecho don José Acuña y el Presidente del Colegio, Alvarado Quirós. Recuerdo esto, porque interesa decir, y conviene que se sepa, que la Facultad de Derecho de Costa Rica, lejos de ser un organismo enquistado, tiene, por el cariño de todos quienes la hemos dirigido, por la obra fecunda de sus maestros, y por el espíritu de gratitud y de justicia que informa los actos de sus discípulos y amigos, en orden a enaltecerlos y distinguirlos, manifestaciones superiores de vida, como las que en estos momentos estamos presenciando.

Pero esto, con ser mucho, no es todo; pues aparte de estos festivales necesarios y convenientes por su ejemplaridad, el Colegio de Abogados ha venido realizando, en forma metódica y silenciosa, importantes innovaciones en otros campos al alcance de de su custodia y vigilancia.

La Escuela de Derecho, por ejemplo, que es su complemento, ha sido durante este año, objeto especial de la atención de la Directiva a que tengo la honra de pertenecer, en la cual ha introducido mejoras fundamentales dirigidas, a regularizar la asistencia a clases de profesores y alumnos, al nombramiento de un Director que vigile el régimen interno y haga cumplir las disposiciones de la Junta de Gobierno; a separar la secretaría de la Escuela de la Directiva para conservar la mayor independencia de ésta; a estimular entre los alumnos la celebración de conferencias semanales, a fin de que éstos, amplíen sus estudios, se familiaricen con la presencia del auditorio y aprendan a expresarse con soltura y elegancia; a contribuir al sostenimiento de la revista jurídica *El Foro;* a la adquisición, en la parte alta de la ciudad, de un terreno para construir, con los fondos que tenemos en caja un edificio propio y otro para las demás facultades de la República; a la reposición de los Estatutos, ya incompletos y de suyo anticuados, por otros, que recogen los consejos de la experiencia y consultan las aspiraciones para el porvenir; a mejorar la modesta dotación de los profesores; y finalmente, a gestionar, como una exigencia de la cultura del país, para que se cumpla el decreto que crea la UNIVERSIDAD DE COSTA RICA, como institución llamada a dirigir la educación popular, y en particular a controlar los estudios profesionales, los de derecho inclusive, en orden a las conveniencias de los alumnos, y a las necesidades progresivas del país.

Una vez más, y a la iniciativa del Lic. don Claudio Castro Saborío, claro talento y noble corazón, siempre dispuesto a enaltecer las virtudes de sus profesores y compañeros, sin preocuparse de las suyas, el Colegio de Abogados de Costa Rica enarbola la bandera que señala el lugar de sus festivales, porque en él se realiza, como un acto, complementario en parte, de aquellos homenajes, el de colocar en este salón de actos públicos, el retrato al óleo del Lic. Brenes Córdoba, que la devoción de sus discípulos y alumnos, quiso hacer generoso donativo a esta ya histórica Facultad.

En esta nueva y brillante ocasión hemos tenido el gusto de oír con agrado y recogimiento los conceptuosos discursos de los distinguidos abogados que me han precedido en el uso de la palabra, quienes, como en días de gloriosa palingenesia, nos han enseñado la obra fecunda y la vida ejemplar del sabio pensador, catedrático, magistrado, escritor y publicista, Lic. don Alberto Brenes Córdoba, cuyos rasgos fisonómicos, por un artista nacional amorosamente recogidos en un lienzo, la Directiva del Colegio de Abogados, por mi medio, recibe con gratitud y devoción, y deja definitivamente colocados en esta sala, con los de aquellos otros jurisconsultos que fueron, luz, guía, y orgullo del Foro Costarricense.

La Directiva de esta Facultad se complace en rendir su más caluroso aplauso al ilustre catedrático, festejado en forma excepcional en esta noche, por todos sus colegas; ofrece el testimonio de su agradecimiento a las distinguidas personas que honran este festival con su presencia; y felicita en la forma más cordial al comité a cuyo cargo tomó la organización de esta sencilla pero significativa ceremonia, que ha de quedar en la historia de esta institución como una de las más solemnes, espontáneas y memorables de que tengamos recuerdo.

Cuentos americanos

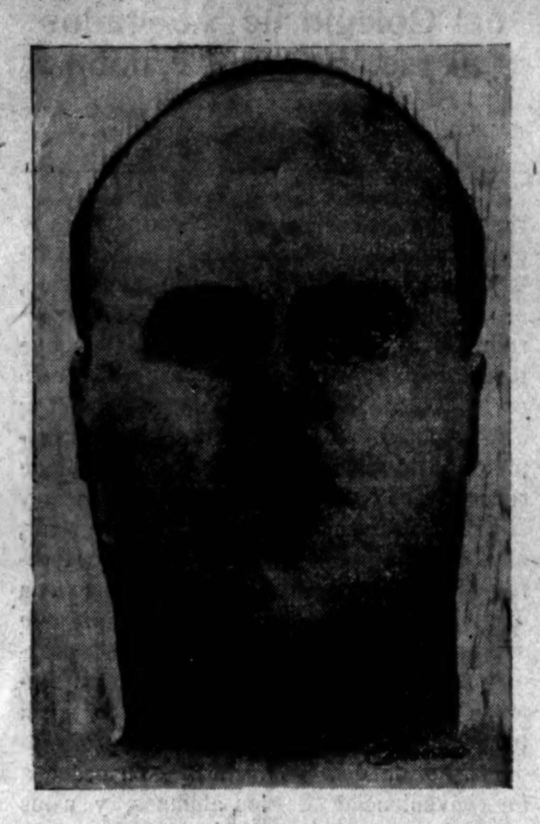
V. García Calderón. *La Venganza del Cóndor.* (Madrid, «Mundo Latino», 4 pesetas).—*La Vengance du Condor.* (París' «Editions Excelsior»).

De los veinticuatro relatos que componen la edición castellana de este libro, que aún puede llamarse nuevo, pues vió la luz un año ha, sólo veinte han pasado al tomo francés recién publicado en París. Son los mejores, y todos se mantienen a igual altura. Los suprimidos, y en especial dos de ellos, sin desmerecer de los restantes, eran de otro tono: esos dos recordaban un tanto el porte y la manera de las tradiciones de Palma.

Ricardo Palma ha de ser recordado como término de comparación cuando se hable de narradores del Perú. Ventura García Calderón, su compatriota, hoy en la fuerza de sus años, debe muy poco al patriarca muerto, para quien ha tenido en toda ocasión alabanzas fervorosas. Nada más opuesto que la intima personalidad de ambos escritores en su formación y en su expresión. El estilo de Palma es quintaesencia de la tradición española. El de García Calderón tiene, como hace notar su prologuista, Mme. Gérard d'Houville (la hija de Heredia, esposa de Henri de Régnier) cualidades de claridad y sencillez que pueden llamarse francesas. Deleitábase Palma en el vocablo castizo, en la enumeración pintoresca, en el alarde erudito. García Calderón en estas narraciones va rápidamente a la situación dramática, sola razón del cuento. En Palma revive la historia; en García Calderón revélase la vida brava de las regiones del interior, de las altas tierras ligadas al pasado únicamente por la superstición y la costumbre trasmitida de padres a hijos. Blancos dominadores e indios serviles, brutalidades y venganzas, rencores y codicias, todos los sentimientos elementales de las almas primitivas laten incorporados en los personajes, retratados con gran escrúpulo de sobriedad. Copiosas alusiones folklóricas animan con los destellos de lo maravilloso popular la enjundia de estos relatos, que muestran sólo una fase de la múltiple personalidad del autor.

Uno de los cuentos, el titulado *Fué en el Perú*, puesto, acertadamente, por los traductores franceses al final del tomo, traslada al escenario selvático del interior nacional la tradición del nacimiento de Cristo. Es, para mi gusto, uno de los más bellos, si no el más bello de todos, en su espíritu de religiosidad ingenua que un asomo de irrespetuosa ironía hubiera bastado para disipar.

Si en algún escritor de España



Ventura García Calderón

(Dibujo de Cárdenas)

hicieran pensar los cuentos de *La venganza del cóndor* sería en Valle-Inclán. La naturaleza indómita, el misterio de la raza sometida, la soberbia de la raza dominadora, crean un ambiente de lucha y fatalidad en torno a estas figuras, que, momentáneamente, asumen una grandeza trágica.

Los traductores franceses, Max Daireaux y Francis de Miomandre, han sabido reproducir debidamente la letra y el espíritu de este libro. Si su pericia hubiera sido menor, el consejo del propio Ventura García Calderón hubiera podido guiarles. Como escritor francés no está en sus comienzos. Ultima de sus obras en este aspecto, es *La Sérénade aux Guitares*, precioso tomito en que agrupa una serie de traducciones de coplas populares españolas. El gusto por nuestros cantares, que no son siempre piropo o suspiro, sino que a veces tienen silbido de flecha y escozor de herida, no está muy alejado del ánimo en que se han concebido los cuentos de *La venganza del cóndor.* Pero aunque no faltan, entre los traducidos, ejemplares de esa musa brava, García Calderón, ha preferido, para su ramillete, los más delicados versos de amor, los suspiros, «para sorprender a los lectores de Mauricio Barrés». Ha querido mostrar que en la poesía del pueblo español no todo es «sangre, voluptuosidad y muerte». Ha elegido, apartando los colores más violentos de la paleta nacional, los matices más tiernos que responden a las emociones más puras.

Récits de la Vie Americaine, publiés par Ventura García Calderón. (París, Payot, 10 fr).

Al mismo tiempo que la versión francesa de *La venganza del cóndor* recibimos un tomo de *Relatos de la vida americana*, en que García Calderón figura solamente como recopilador. El título dice bien el carácter del libro. Interesa el relato pero también el asunto. Es una primera ojeada sobre una literatura abundantísima, desigual en sus manifestaciones, como los pueblos que la han producido, y riquísima en sus posibilidades. «Al estudiar a España, pronto se ve que esta hacedora de pueblos cuenta hoy veinte filiales interesantes cuya literatura es también española», se dice en brevísima introducción.

Los autores puestos a contribución pertenecen a la República Argentina (Sarmiento, Payró, Leguizamón, Lugones, Fray Mocho, Dávalos, Sux), al Uruguay, (Reyles, Quiroga, Viana, Bernárdez), al Brasil (Coelho Netto, Maya, Arinos, Rangel), a Colombia (Cornelio Hispano), a Cuba (Hernández Catá), al Perú (Ricardo Palma), a Costa Rica (Magón, Fernández Guardia). Por lo que hay se ve lo que falta. Sólo de cuatro repúblicas que no tienen representación en el tomo, Venezuela, Chile, México, Bolivia, se podría sacar materia para otro volumen de gran valor. Los traductores Max Daireaux, F. de Miomandre, Lebesgue, M. Gahisto, Jean Cassou, G. Pillement, H. de Bengoechea, M. Vuillermoz, han trasladado perfectamente a su lengua los cuentos de este tomo, al que otros podrán y deben seguir. Pero Ventura García Calderón, en sus palabras iniciales, dice, con toda cautela: «¡Seamos prudentes!» Gran principio.

E. D. C. [1]

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos, ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

[1]. Con estas iniciales, Enrique Díez Canedo es uno de los que mantienen la interesante Revista de Libros de *El Sol* de Madrid.

El mejor alcalde..., el de Zalamea

Zalamea ha celebrado la conmemoración de su alcalde legendario, al que la poesía ha dado una vida espiritual más gloriosa y más extendida por el mundo que si hubiera sido un personaje absolutamente histórico con su documentación completa en los archivos. Conmemorar a un personaje legendario no me parece un exceso de entusiasmo por las tradiciones de la localidad. Muchas leyendas hagiográficas, muchos episodios de Mitología local, no tienen más contenido histórico que el personaje descubierto por Lope y creado o «recreado» por Calderón. Por otra parte, los héroes de la poesía son los que podemos celebrar con más confianza, sin el temor de que un erudito implacable venga a desdorarlos con algún inesperado descubrimiento, peligro a que están expuestos los personajes históricos, que fueron hombres y tienen su secreto o su incognita de posibles miserias humanas. El personaje poético está entero en la obra de su creador, que ha hecho de él, con los mejores materiales de humanidad, una criatura de arte, un ente incorruptible, tipo, ideal o ejemplar perfeccionado de lo que representa.



Borrás,
en el papel de Pedro Crespo

Zalamea ha celebrado a la vez una obra maestra de la literatura castellana, una honrosa tradición local y un ideal de honor y de justicia. Conviene insistir en esta dualidad. Pedro Crespo no es como otros de los vengadores de su honra del teatro calderoniano y en general del teatro clásico español, agente de un exaltado sentimiento de honor subjetivo, sentimiento que era un ideal muy distante del estado de las costumbres contemporáneas. El gran alcalde extremeño no mira su caso como causa propia, sino como causa pública, como asunto de justicia, y por eso no se venga, no busca el desagravio personal, sino que enjuicia y sentencia como magistrado a quien incumbe la defensa de los derechos generales. Esto es lo que hace de *El alcalde de Zalamea* el gran drama cívico español, obra política en un elevado sentido, como expresión del espíritu de justicia, de defensa del derecho común contra las demasías de los poderosos, que es el fundamento de las repúblicas.

Sin abusar del concepto se puede afirmar que *El alcalde de Zalamea* es una obra profundamente democrática, no sólo por la expedita justicia de Pedro Crespo, justicia popular que arrolla el fuero privilegiado en pro del derecho común, sino por el tono del diálogo entre Crespo y don Lope de Figueroa. No impugna abiertamente los privilegios de clase, no los niega conscientemente, pero viene a afirmar que de hombre a hombre no va nada. Caldeada por la misma emoción popular de *Fuente Ovejuna* y de *Peribáñez,* la originalidad de aquella obra maestra consiste en que en ella se percibe la transformación del sentimiento del honor en sentimiento del derecho, de lo personal en lo colectivo. El conflicto particular se eleva a la categoría de interés público y de concepción jurídica.

* *

Es menos sorprendente de lo que pudiera parecer a un observador superficial el que un hidalgo, caballero de hábito, que había sido militar en la guerra de Cataluña, como Calderón, escribiera este valiente drama, donde un villano atropella el fuero de la nobleza *pro jure, contra lege,* y donde el pueblo acaba triunfando de los excesos de la soldadesca. No sería exacto decir que *El alcalde de Zalamea* es un drama antimilitarista, porque el militarismo era entonces desconocido en España. La Monarquía, muy celosa de su poder, era antimilitarista, en cuanto podía serlo en una época en que apenas existía este peligro. Ya las instrucciones secretas del Emperador a su hijo el príncipe D. Felipe, el que había de ser Felipe II, muestran el cuidado con que se procuraba que los caudillos militares y las primeras figuras de la nobleza no tuviesen mucha mano en el Gobierno. La política de la Monarquía, desde los Reyes Católicos, tendía a la concentración de la autoridad en la realeza. No sin motivo, como lo demuestran las conspiraciones que hubo en tiempo de los Austrias, señaladamente en el reinado de Felipe IV (la época en que escribía Calderón), procuraba abatir los restos del poderío de la nobleza. A la popularidad de la Reina Católica contribuyeron grandemente sus justicias contra los nobles, que conservaban la soberbia medieval. Por eso, sin necesidad de introducir la hipótesis de una extraordinaria libertad de pensamiento en el teatro, que era, con el púlpito, la tribuna popular de la época, se explica que se representaran sin dificultad, sospecha ni escándalo, obras como *Fuente Ovejuna,* como *Peribáñez,* como *El alcalde de Zalamea,* que reservaban al rey el papel de árbitro, llamado a sancionar en el desenlace las justicias populares.

* *

Las levas y las formas de enganche reclutaban soldados excelentes para la guerra, pero casi tan temibles en la paz. La disciplina se sostenía a duras penas con máximos rigores. Aunque el propio Calderón llama a la milicia religión de hombres honrados, abundaban entre los soldados de entonces los pícaros y los malhechores. La mejor ilustración sobre el ambiente de época acerca de *El alcalde de Zalamea* está en los avisos de Pellicer, que Hartzenbusch puso en las notas de su edición de Calderón, y que hablan de los crímenes y atropellos que cometían frecuente-

mente aquellos auténticos hijos de Marte. Los alojamientos eran una calamidad para los pueblos. El levantamiento de Cataluña se debió en gran parte a los excesos, delitos y sacrilegios de la soldadesca al pasar por el Principado para la guerra con Francia.

Se celebraban los triunfos militares con grandes ditirambos; la carrera de las armas era tenida por oficio principal, propio de nobles. Mas con todo, el soldado profesional era mirado con cierta desconfianza, y no gozaba de una gran consideración social. En las páginas de los costumbristas abunda el tipo del soldado truhán, que hace pasar por honradas cicatrices de la guerra las huellas de las bubas o las de los suplicios bárbaros de la época. Y es también indicio del poco aprecio que se hacía de la gente de armas en la Corte y en los Consejos la figura del soldado viejo, que a pesar de sus buenos servicios, anda de una parte a otra con sus memoriales, sin que nadie le haga caso.

Ni Lope, al esbozar *El alcalde de Zalamea,* ni Calderón al perfeccionarle y convertirle en una obra maestra, llevaron al teatro una tesis o un ejemplo revolucionario. El pensamiento y la emoción de aquel drama respondían al sentir general de las personas honradas, temerosas de Dios y del Monarca y muy satisfechas de tenerlos de su parte.

La alquimia del tiempo no sólo da a las cosas que tuvieron fresca savia vital la dureza de fósiles o la frialdad de cristales. A veces las hace germinar en brotes de modernidad y de nueva juventud. Este el caso de *El alcalde de Zalamea,* que no es sólo la más acabada de las obras del teatro español antiguo, sino la más moderna, y que hoy es más revolucionaria y democrática que en los tiempos de Felipe IV.

* *

Estas conmemoraciones que se van repitiendo ahora: centenario del «Empecinado», fiestas de *El alcalde de Zalamea,* parecen una tímida reivindicación de las libertades populares, hecha por vía indirecta, so capa de historia o de literatura. Son tal vez llamamientos al espíritu público dormido. O acaso ensueños del durmiente que se complace en evocar imágenes pasadas, que le consuelan de su decaimiento o su impotencia. El ensueño es, a veces, una fuga de lo presente. Mas como no puede impedirse que en estas cuestiones tomen parte el fariseo y el saduceo, hay el peligro de que se tornen episodios de la gran comedia española, que en tiempo de Calderón había empezado ya a representarse y que como todas las comedias consiste en simular lo que no es. Estas parodias o simulaciones de lo que fuere, de amor, de odio, de entusiasmo, de libertad, de cultura, de espíritu cívico, de satisfacción pública, de grandeza, de duelo o de optimismo, pertenecen a una variedad teatral que visiblemente no está en decadencia.

E. Gómez de Baquero

(De *El Sol,* Madrid).

El otro libro de Fernán Silva Valdés

La literatura gauchesca siempre fué recordativa y nostálgica. Allá por el cincuenta, en plena Federación y criollaje alzado, el capitán Hilario Ascasubi quiso cantar la plenitud del gauchismo y empezó *Los Mellizos de la Flor*, descansadísimo novelón de un malevo cuyas diabluras mueven los últimos treinta años del Virreinato. Así es: ya en el cincuenta, alguien en trance de buscar la Edad de Oro gaucha, la halló muy a trasmano y debió hacer trabajo de nostalgia, invocando fechas antiguas como los adivinos y los cuenteros. Veinte años después de Ascasubi, el federal Hernández realizó la empresa de aquél, vueltos los ojos a un anteayer de su entonces, al ya distante patriarcado rosista. Después cantó Obligado, que ubicó el estado de gracia en los tiempos de la Colonia y nos arma un felicísimo Santos Vega que de golpe, sin saber cómo, suelta un discurso liberal. Lamberti, Elías Regules y José Trelles también plañeron lo pasado. Con voz bien suya en versos tirantes y limpios observa esa tradición de añoranza, Fernán Silva Valdés.

Poemas Nativos (nunca «Versadas Patrias», pues no se trata de un remedo gauchesco, sino de culta poesía criolla) es la secuela previsible de *Agua del Tiempo.* Como en aquél, han colaborado en su escritura dos hombres distintos y aun antagónicos: uno, el presunto simbolista de *Humo de Incienso*; otro, el diestrísimo cantor de *Ha caído una Estrella* y de *La Calandria.* Sé que el primero casi lo ha suicidado el segundo, pero resucita de tarde en tarde y desliza versos como éste:

> Sobre la cara tiene los labios de la Esfinge. *(La Taba).*

A ese difunto también le quiero echar la culpa del cachivacherío que abarrota algunas estrofas y las asemeja, por su profusión de trabajos criollos, a esas casas paraguayas donde despachan ticholos, yerba y tabletas. Malicio que ese imperdonable embustero es el perpetrador de esta gracia:

> caen al agua las ruedas, y el arroyo que es [bueno
> —pagando bien por mal—
> con su propia agua herida le va colgando [flecos
> *(La carreta.)*

Concepto casi tan absurdo por su famosa falsedá sicológica como el de Almafuerte, al asombrarse que no le pidieran un vaso de agua los árboles. («O como el robledal cuya grandeza —necesita del agua y no la implora...»)

El otro, en cambio, el criollo desganado y medio romanticón que lo ha muerto ¡qué bien está! Medio como quien canta y medio como quien habla, en la indecisión de ambas formas (Silva Valdés canta por cifra como los payadores antiguos en la pelea melodiosa del contrapunto) nos dice su visión del campo oriental. Mejor dicho, su añoranza grande del campo, su creencia en la felicidá de un vivir agreste. Ha pergeñado muchas composiciones lindísimas como *El Pago* y *Arbol Dorado* y *El Clarín* y *Los Potros.* Yo se las envidio de veras, de todo corazón. De la *Canción al Paraná Guasú* voy a trascribir unos versos, donde el anhelo de inmortalidá se agarra a cualquier cosa, al rumor de un río, para en él perpetuarse:

> Paraná guasú,
> yo soy tuyo, tuyo desde que nací
> y mis cantos están
> cantados para ti.
>
> Paraná guasú,
> si amor con amor se paga,
> el día en que yo me muera
> tú me cantarás a mí.

Una apuntación técnica. He censurado siempre las comparaciones visuales, las que aprovechan meramente una semejanza de formas, hecho sin importancia espiritual. Sin embargo, en Silva Valdés hay muchas figuras visuales que me agradan del todo. En ellas vive el Tiempo, ese dramático Antes y Mientras y Después que es la vida y que premisa toda acción:

> Mi caballo al galope
> va dejando una siembra de pisadas sin cuento...

Jorge Luis Borges

(De *Martín Fierro,* Buenos Aires).

Página lírica

de Fernán Silva Valdés

=Del tomo *Poemas Nativos*. Río de la Plata. MCMXXV. Agencia de Librería y Publicaciones. Montevideo, Buenos Aires. Al Sr. Silva Valdés le damos las gracias por el honor y el deleite que nos ha dado con el envío del ejemplar que ahora extractamos.=

El pago

1

Es un rincón de América vigilado por los teruteros.

Tiene un río charrúa
con montes siempre verdes e islotes encantados;
los indios en su lengua le llamaban
el río de los pájaros pintados.

Las olas al correr deletrean su nombre
ahuecando las *úes* y puliendo las *íes*...
¡Cómo endulzan la boca los nombres guaraníes!

Tiene (digo) tenía, una mujer hermosa
que lloró al despedirme y a quien nunca más ví;
una mujer que les gustaba a todos
y sobre todo a mí.

Aunque en él nada ocurre que le interese al mundo,
todo allí es comentado como acontecimiento:
que han aullado los perros porque anda una «luz mala»;
que el río no da paso; que ha cambiado el viento;
que murió la calandria guachita que cantaba en el tala.

Quejándose de pobre,
quejándose de vieja,
allá, de tarde en tarde
pasaba una carreta;
con sus bueyes guampudos de pinta criolla,
y el carrero, jinete en caballo maceta,
alegrando el camino con la picana al brazo,
con un canto en la boca
y una flor colorada en la oreja.

En sus campos verdes, en sus campos oros,
cuando los días caen sangrando su color,
ante el horizonte los cuernos de los toros
le improvisan paréntesis al sol.

2

Es un rincón de América vigilado por los teruteros.

En sus días de fuego,
cuando la sombra se hace densa y menor,
la chicharra invisible, patrona de la siesta,
hace dormir los árboles con su agreste arrorró.

En sus tardes serenas vienen bajando al llano,
como por escalones de cerros y colinas,
las notas alargadas que suenan los cencerros
colgados al pescuezo de las yeguas madrinas.

A veces, por la noche, un jinete emponchado
galopa pitando su pucho de chala,
y a la noche oscura le va dando estrellas
en cada pitada.

Luego un silencio noble
se extiende por el campo;
los ranchos apagan
su ojo iluminado;
y la noche se acuesta
sobre el poncho del pasto,
hasta que amanece el día
en el canto de los pájaros.
Y al amanecer
parece que en las cosas aleteara el afán
de agradar al Creador:
y así el ceibal florido tiene el color del vino,
y el trigal sazonado tiene el color del pan.

3

Es un rincón de América vigilado por los teruteros.

Está como embrujado por cuentos y leyendas;
por un cerro encantado que clarea de ánimas;
y una novia vestida con túnica blanca
que se asoma al sendero
cuando mengua la luna en domingo,
y al jinete que pasa se le sienta en el anca del pingo.

Está como embrujado por cuentos y leyendas:
en la gran cocina, cerca del fogón,
algún gaucho viejo
relataba sucesos de un tiempo mejor;
cuando aquel caudillo
en tal revolución
desafió al contrario y se atropellaron
bien montados los dos;
y habiendo mojado por igual las chuzas,
uno cayó hacia un lado, otro hacia atrás cayó;
y heridos y de a pie
siguieron todavía la pelea a facón...
unos dicen que ganó el colorado
y otros que el blanco ganó.

Así iban pasando pedazos de historia
por la voz erizada de lanzas del viejo narrador.

4

Es un rincón de América vigilado por los teruteros.

Allí los hombres son todavía románticos;
hasta el mozo más crudo en la mala fortuna
suele amenguar sus cuitas
cantando en la guitarra estilos y vidalitas.

En los meses de otoño se siembran los trigos,
se hace en el verano la recolección,
y allá, de tiempo en tiempo se va a alguna fiesta
al trote chasquero del pingo mejor.

* *

Paisajes,
canciones,
labores;
flores,
y al linde: el cementerio sin cura ni ciprés
donde se piensa en serio por la primera vez.

El clarín

Viejo clarín de las revoluciones,
cuando dabas tu toque de carga
eras un espolín hincándose en las almas.

Viejo clarín, tu historia no es muy santa;
cuando dabas tu toque de muerte en la pelea,
a unos les corrías fuego por las arterias
y a otros les pasabas frío por la garganta.

Viejo clarín de guerra
atado por el lazo vivo de una divisa
a la historia de estas tierras;
entre nubes de polvo,
al galope y al trote
musical de su potro,
te lucía en la diestra un moreno;

y rodeado de ecuestres figuras
envueltas en ponchos de rítmicos flecos,
cada vez que te daban de filo
los calientes metales del sol
te encendías de chispas lo mismo que un yasquero.

Y después de la lucha
cuando dabas al viento tu toque sonoro
enchufado en los labios desteñidos del negro,
parecías una flor de oro
en un tronco de ébano.

Canto de chingolo

1

Pobre chingolito,
—vidalitay—
lo tomé del suelo,
no podía volar
—vidalitay—
porque estaba enfermo.

2

Con mi mano grande
—vidalitay—
con mi mano ruda,
le hice una caricia
—vidalitay—
por sobre las plumas.

3

No teniendo jaula
—vidalitay—
en donde ponerlo,
lo eché en la guitarra
—vidalitay—
y se quedó quieto.

4

Bitibío-bío
—vidalitay—
a la media noche,
bitibío-bío
—vidalitay—
lo oímos cantar.

5

Pero al otro día
—vidalitay—
lo encontramos muerto,
pobre chingolito
—vidalitay—
ay! vidalitay.

6

Y hoy mi guitarra
—vidalitay—
tiene nueva voz;
la del chingolito
—vidalitay—
que en ella murió.

PANORAMAS INGLESES

La semana de Mr. Wells

LONDRES. *(De nuestro redactor-corresponsal)*.—Lo más interesante en estas últimas semanas ha sido Mr. Wells. Tres cosas importantes le han ocurrido a Mr. Wells: la prensa se ha llenado de artículos en honor de su reciente novela *El padre de Alberta Cristina*, ha cumplido sesenta años y en el Japón le han inventado, con propaganda de gran estilo, un libro de consejos a las mujeres solteras. De Oriente a Occidente, el nombre y el juicio de Mr. Wells, ha iluminado el horizonte. Su semana, como es necesario llamarla, ha coronado espléndidamente una buena vida. Una vida de trabajo y de inteligencia. Quizás el ruido no le guste tanto a Mr. Wells como a Mr. Bernard Shaw. Pero no puede evitarse que un buen libro, sesenta años bien vividos y una falsificación japonesa hagan, siquiera sea por siete días, un poco de bulla.

Aunque Mr. Wells se ha dado prisa en denunciar el fraude, y aunque es bastante ridícula la invención, el que le hayan inventado un libro en el otro extremo del mundo tiene que haberle dado a Mr. Wells la sensación exacta de la redondez universal de su renombre. Mr. Wells no juega tanto con su persona como Mr. Bernard Shaw para decir que ya lo sabía. Tampoco, si lo dijese, sería una inexactitud. Pocos escritores modernos han trabajado tanto como él y con tan sincero propósito de servir a los hombres. Este propósito es, sin duda, lo más noble de su obra. De una obra que sería inútil verla parcialmente en su aspecto literario, o en su aspecto histórico, o en su aspecto político. Sería inútil verla así, porque no podríamos lograr la impresión cabal de ella. Para lograr esta impresión, la verdadera, es necesario verla, y analizarla, y sentirla en su voluminoso conjunto.

El padre de Alberta Cristina es como una síntesis formal de la obra de Wells. El realismo y el imaginismo, la vida y el sueño, la historia y la profecía, la literatura y la política, repartidos en sus libros anteriores, se mezclan armónicamente en éste. Es en cierto modo un libro resumen. Pero al mismo tiempo puede ser un punto de partida para mucha gente. Porque en él se concreta también la firmeza mental y doctrina que es la más segura directriz en la obra y vida de Wells. Algo muy hondo debe haber en la obra de un hombre como Wells, que no juega con la vida, sino la desgarra, para que un libro suyo, acaso el más característico, conglomere en el elogio a las plumas más distantes.

No es dable separar la cualidad de la obra literaria de Mr. Wells de la cualidad de su persona. Del mismo modo que no la separan quienes le han llenado el camino de aplausos y quienes lo han inundado de dicterios, no podemos hacerlo quienes, sin comprometernos en ningún bando, le aplaudimos también. Pero no nos mueve al aplauso la coincidencia con su visión del mundo ni con su esperanza, sino el homenaje al heroísmo. Wells tiene la figura moral del mejor héroe de nuestro tiempo. No se parece en nada a las estampas decorativas de Carlyle. Es, por el contrario, un sér sencillamente humano, mezclado en el tumulto de las miserias humanas, al que los dolores de la vida circundante le incitan a dirigir a veces los ojos angustiados hacia el futuro o a tornarlos interrogativos hacia el pasado. Pero siempre, tras de sus visiones y de sus investigaciones, palpita la emoción de la pobre gente que lo rodea.

Un homenaje íntegro, al hombre y a la obra, era, sin duda, indispensable. No es preciso declararlo. Pero la coincidencia de una misma semana del elogio venido de todos los sectores tiene evidentemente este sentido. Basta que se haya realizado en la oportunidad de su año sesenta.

CÉSAR FALCON

(De *El Sol*, Madrid)

PRIMERA jornada.

Uno de estos días, el 6 de setiembre se cumplen los cincuenta y cinco años...

Evoquemos el lugar de la escena... Hoy las grandes asambleas obreras celebradas en Francia: el Congreso de aquel Partido Socialista, la solemne conmemoración del trigésimo aniversario de la Confederación General del Trabajo francesa y el Congreso de la Internacional Socialista reunido en Marsella, dan una viviente actualidad a aquel oscuro episodio acaecido en 1870.

Una plazuela de París. Es un rincón silencioso, situado no lejos del Hotel de Ville. Una plaza húmeda, estrecha, de forma casi triangular, por la que no cruzan los coches, por la que se diría que no pasa tampoco la corriente de la Historia. Sabido es que, en medio del tráfago ruidoso de París, quedan, como islotes de paz, algunos parajes silenciosos donde juegan los niños y donde, en los días claros, se sienta alguna anciana a leer el folletín y a tomar el sol.

Tal era la plaza de la *Corderie*, con sus fachadas grises, sus modestos comercios y sus menos que modestas bohardillas... Aquel 6 de setiembre, en la más tranquila e insignificante de sus casas, empezaron a entrar, uno a uno o en pequeños grupos, algunos míseros trajadores manuales. Echaban una mirada recelosa a su alrededor, e internándose por el negro portal, subían hasta el piso tercero, donde se iban reuniendo en una sala espaciosa y desmantelada.

Julio Vallés, el fuerte y agrio escritor, pintó en *L'Insurgé* aquel cenáculo de proletarios. Son unos cuantos obreros mal alimentados, mal vestidos, sudorosos bajo sus viejas blusas. «¡Saludad, no obstante —exclama Vallés—; saludad al nuevo Parlamento del Trabajo»... Allí delibera la naciente Federación de Corporaciones Obreras. Cada uno de los veinte distritos de París envía cuatro delegados. ¿Qué valen «esos ochenta pobres», ochenta jornaleros reunidos en la más olvidada plazuela de la gran capital??...

Imaginémonos ahora que un joven de entonces aficionado al las letras, acertara en aquella fecha a pasar por allí, envuelto en su corta y ajustada levita, contemplando las cosas con la gentil inquietud de los veinte años. Acaso, al sorprender a los obreros que iban llegando, sospechó de qué se trataba. Tal vez sintió una generosa simpatía hacia el anhelo emancipador de los trabajadores. ¿Por qué no organizar la sociedad de manera que también los humildes participaran plenamente en los bienes materiales y espirituales de la vida? Mas no tardaría en sonreír escépticamente el joven, pensando que aquel sueño seductor no podía ser más que un sueño, ¡Las blusas harapientas entrando en los Parlamentos o en los ministerios!... No hay que ser tan iluso... En todo caso, había que esperar siglos para ver una transformación social semejante. No se muda sino en siglos lo que perdura desde hace milenios...

Lo que cabe en una vida

Y el joven transeunte seguiría melancólicamente su camino.

Un par de años después, en los barrios miserables de París, se repartía, por entregas a diez céntimos, una traducción francesa de *El capital*, el libro nuevo de un filósofo alemán.

* *

Jornada segunda.

Los Congresos obreros que ahora, en 1925, acaban de verificarse en Francia.

Ha habido primero el de la Confederación del Trabajo. Celebra ésta el trigésimo aniversario de su fundación. En los dibujos conmemorativos de estas fiestas del trentenario no aparecen ya las siluetas del famélico o el andrajoso, sino las nobles figuras de obreros fuertes y alegres que agitan la bandera, ya casi triunfante, con la societaria divisa: «¡Bienestar y Libertad!»

Después ha venido el Congreso del Socialismo francés en París. Unos días más tarde, en Marsella, el Congreso socialista internacional. Grandes asambleas convocadas a la faz del mundo, respetadas por los mismos adversarios, a las que concurren prestigios intelectuales, personalidades influyentes en la política universal, gobernantes de los principales Estados de Europa. El desván de la plaza de la Corderie se ha cambiado en la enorme sala del Trocadero de París o en el magnífico Palacio de Exposiciones de Marsella. Y en Marsella abre la sesión un ex-ministro de la Gran Bretaña y de sus Indias, o la presiden los ministros de Estado de dos de las más cultas naciones europeas. El obrerismo organizado es, quizás, la fuerza política más importante del mundo actual. Los ochenta pobres de antaño se han trocado en los veinte millones de la Federación Sindical de Amsterdam, en los treinta millones de electores socialistas virtualmente representados en el Congreso de Marsella.

* *

Epílogo.

¿Recordáis al joven meditador que nos complacíamos en imaginar atravesando, el 6 de setiembre de 1870, la solitaria plaza de la Corderie? A él le tocaría escribir, para estímulo de apocados y consuelo de soñadores, el epílogo y la moraleja de estas dos jornadas.

Nuestro personaje, aunque ya septuagenario, pudo muy bien, no obstante, en los últimos días del pasado agosto, haber presenciado los Congresos de París o el de Marsella. ¿Qué sentiría entonces, recordando el escepticismo con que, allá en sus años mozos, vió pasar, precursoras, hacia aquel esbozo del Congreso obrero, las antiguas blusas del trabajo? ¿Como reaccionaría su pensamiento ante esta inmensa evolución, realizada sin embargo, en el breve espacio de tiempo que puede encerrarse dentro del marco de una efímera vida humana?...

¡Jóvenes de la epoca actual, hijos del siglo xx!... —exclamaría quizás el anciano—. ¿Por qué disminuye vuestra fe y se empequeñecen vuestros anhelos como si se huhubiera acortado sobre la tierra el vuelo del espíritu? Bien hacéis en querer vivir, no de ilusiones, sino de realidades. Pero ¡vivir!... Y la misma realidad no sería una realidad viva, sino una realidad muerta, desde el instante en que no la animase internamente el latido de una ilusión. En este amplio problema social, planteado por el movimiento obrero, es la realidad la que ha ido más de prisa que mis propias esperanzas. ¡Yo he visto defender en mi juventud la jornada de trabajo de doce horas como una avanzadísima conquista legada por la Revolución del 48!... ¡Yo he oído ridiculizar la jornada de diez horas, como un delirio de Roberto Owen, como una descabellada utopía comunista!... ¡Toda esta colosal transformación cabe en la vida normal de un hombre!... ¿Qué cosas no podréis haber visto vosotros, jóvenes amigos, cuando inclinéis, como yo, la cabeza blanca? Tened el valor de soñar. Tened el valor de querer. Rechazad, sí, un ideal cuando sea bastardo, irracional, inhumano, poco acorde con las voces más profundas, más serenas del alma. Pero no desconfiéis jamás de él porque os parezca nuy alto. Por el contrario, elevad el vuestro, el ideal que vuestro espíritu vislumbre, hasta las cimas más excelsas, más puras, más luminosas y, en apariencia, más inaccesibles. Cabe mucho dentro de una vida humana... Y algo hay que dejar también a los venideros, a los hijos de nuestros hijos, y a los nietos de nuestros nietos, y a todos los que después les sucedan, mientras las estrellas sigan brillando en el firmamento y continúe ardiendo la llama interior en el fondo de los corazones.

LUIS DE ZULUETA

(De *La Libertad*, Madrid).

Los artículos que no lleven indicación de donde se han tomado, deben considerarse como envío directo de sus autores a este semanario.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE
Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	₡ 0.50
El tomo (24 entregas) »	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5 % de descuento. En el anual, un 10 %.

Notas de un bibliómano

Un sueño...

Soñé que me rodeaba una gran biblioteca de pocos volúmenes. Cada uno de ellos era la obra completa de los mejores escritores del mundo, y no contenía más de cien hojas. Cada uno de esos pequeños libros, magníficamente impresos y encuadernados, era el libro que casi todos los escritores desean escribir y mueren sin hacerlo. En cada página había una labor primorosa de lenguaje y de estilo; pocos palabras, todas definitivas, y una imagen, una sentencia, un pensamiento maravillosos, y el conjunto era tan rico, tan variado, tan grávido y deslumbrante, que obligaba al lector a permanecer largo tiempo inclinado sobre la página, absorto, como en éxtasis, y a cerrar el libro, sin atreverse a desafiar enseguida la profundidad y la belleza de la página siguiente...

Desperté con la mejilla pegada al cartón del volumen XLII de un joven escritor, que, según dicen, es toda una esperanza.

Simpatía fragmentaria

Pocos, muy pocos libros (¿me atrevería a confesarme a mí mismo que ninguno?) me conquistan íntegramente. A veces, la disonancia consiste en un epíteto, en el ritmo de una línea, en la puntuación de una cláusula... Insignificancias, tonterías. Pero lo cierto es que allí me detengo, como ante una piedra, y basta ese obstáculo para advertirme que voy caminando, y el acto subconsciente tórnase consciente, y siento que la armonía total entre mi espíritu y la lectura ha sufrido una alteración levísima, como el temblor de una hoja en el bosque extático; mas queda en mí una invencible predisposición al sobresalto, y ya no puedo librarme de esa actitud defensiva para el resto del camino.

En cambio, muchos libros conquistan mi simpatía por una sola página, por un solo verso, por una observación, por un epíteto. Esa cualidad aislada extiéndese amorosamente hacia todo lo demás, impregnándolo en su atmósfera redentora, animando su monotonía, puliendo aristas, atenuando, al menos, la disparidad que me ahuyenta. Y esto suele llevarme a reflexionar que entre las las almas sucede algo parecido.

La simpatía fragmentaria... Procedemos, acaso, por involuntaria eliminación, hasta llegar a ella; pero más tarde, deliberadamente, permanecemos fieles a nuestro descubrimiento, a pesar de ulteriores desemejanzas. Porque toda amistad es una selección; mas si analizáramos el vínculo inefable que la sustenta, comprobaríamos, tal vez, que, aun dentro de aquella selección, perdonamos muchas desigualdades en beneficio de una sola, exclusiva afinidad. El concierto de las almas no es siempre la armonía de una reciprocidad perfecta; basta, a veces, el unísono de dos voces entre diez para establecer la consonancia total...

Dos amigos

I

Don Eleodoro me visita de tiempo en tiempo, cuando no encuentra a sus compañeros de dominó en el café.

—Usted siempre metido entre papelotes, —díceme invariablemente, al entrar. Y ríe un buen rato de su gracia, con su risita de reloj mural.

Se sienta en el borde del sillón, porque tiene las piernas cortas. Apoya las manos sobre el mango del bastón de guindo, y permanece inmóvil, observando las estanterías.

—¡Cuántos libros!,—exclama asombrado. Y agrega, también invariablente.—Pero, ¿los ha leído usted todos?

Y vuelve a reír con su risita arrollada, como si fuese a dar la hora.

II

Manolo, mi compañero de infancia, entra estrepitosamente. Grandes abrazos. Media hora de charla insustancial, ruidosa, esforzada.

—Pues, como te decía, un mes de campo, en casa de un amigo. Pero temo aburrirme y entonces me dije: pues aprovechemos la ocasión para ilustrarnos un poco, y entonces pensé en ti, que tienes tantos libros, para que me prestes alguna obra importante, en varios tomos, porque, como te digo, un mes de campo, treinta días, ya ves que puedo leerme hasta la historia universal...

Le entrego mis doce volúmenes de *Les origines de la France contemporaine*, incluso el índice. Al día siguiente vuelvo a adquirir los mismos ejemplares en cierta casa de compraventa.

Pasan cuatro, cinco meses. Manolo entra estrepitosamente. Grandes abrazos... Manolo ha encontrado otra oportunidad para ilustrarse. Le entrego los doce volúmenes de *Les origines de la France contemporaine.* Al día siguiente son míos otra vez.

Y la vida continúa...

Releer

...Y tornamos al libro olvidado, como se vuelve a recorrer un sendero en la selva. La maleza ha borrado nuestras efímeras huellas; atrevesamos, ahora, como entonces, el laberinto virginal.

He aquí las páginas amarillentas del volumen, sembradas de apostillas, de signos misteriosos, nerviosamente listadas por el lápiz. Los hitos del recuerdo sólo nos sirven para medir la extensión del olvido. ¿Por qué subrayamos esta frase vulgar y vacua? Recorremos los capítulos del libro como los aposentos de una casa que habitaron gentes extrañas. Parece que nada de nuestra alma perdura en las estancias desiertas y sombrías.

Han pasado, diez, quince años... La nueva luz que vamos proyectando sobre la obra diríase que excluye la claridad que otrora aprisionaramos en ella, obligándola a retroceder. Pero, de pronto...

En el ángulo de una página acabamos de descifrar una observación ligera, cuatro palabras nuestras caídas, al pasar, como una hoja de otoño en la fuente. Y ese escolio sin trascendencia, que fijaba un estado de alma fugitivo, nos abre la puerta invisible que conduce a las galerías subterráneas donde flota el pasado latiente. Estas cuatro palabras contienen la aspiración que todavía nutrimos.... el sueño infecundo que no se resigna a morir... la gota corrosiva que nos sigue devorando...

Una carta

...y me place imaginar que usted recibirá esta carta en el jardín a media tarde. Estará usted con un libro abierto sobre la falda, sentada en el mármol circular que enclaustra sus victorias regias. Sin modificar la actitud, volverá usted la cabeza y tomará, con dos dedos, de la bandeja de plata, el sobre azul. Reconocerá mi horrosa caligrafía y sonreirá con los ojos a mi recuerdo, saludando a una amistad que se hace presente. Y después de leída. guardará esta carta entre las páginas del libro.

Anhelo para las mías el destino de las que usted me escribe. No hay cofres, ni cajas de hierro, ni muebles archivos en mi casa. Mis pocos billetes de Banco se planchan en un diccionario de la rima; las cartas familiares ocupan varios volúmenes de cierta zoología comparada; mi historia financiera podría documentarse entre las hojas de algunos tomos de Balzac. Hace muchos años adquirí una *Vita Nuova* de lujo, destinada a las esquelas de amor. Juro por Bice que fué una adquisición inútil. Las cuatro cartas con que usted ha honrado mi soledad, en sabias consultas de lectura, enriquecen un espléndido ejemplar de *I Fioretti di San Francesco,*

la cual mirabil vita
meglio in gloria del Ciel si canterebbe...

Por la copia,

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

(*La Prensa*, Buenos Aires.)



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(*Suplemento al* Repertorio Americano)

Fué en el Perú

«Aquí nació, niñito», murmuraba la anciana masticando un cigarro apagado. Ella me hizo jurar discreción eterna; mas, ¿cómo ocultar al mundo la alta y sublime verdad que todos los historiadores falsifican? «Se aconchavaron para que no lo supiera náidenes porque es tierra pobre», me explicaba la vieja. Extendió la mano resquebrajada como el nogal para indicarme de qué manera se llevaron al niño lejos y nadie supo si nació en tierra peruana. Pero día ha de venir en que todo se cuente. Su tatarabuela, que Dios haya en su santa gloria, vió y palpó los piececitos helados por el frío de la puna; y fué una llama de lindo porte la primera que se arrodilló, como ellas saben hacerlo, con elegancia lenta, frotando la cabeza inteligente en los pies manchados de la primera sangre. Después vinieron las autoridades.

La explicación comenzaba a ser confusa; pedí nuevos informes y minuciosamente lo supe todo: la huída, la llegada nocturna, el brusco nacimiento, la escandolosa denegación de justicia, en fin, que es el más torpe crimen de la historia. «Le contaré—decía la vieja, chupando el pucho como un biberón—. Perdóneme, niñito, pero fué cosa de los blancos.»

No podía sorprenderme esta nueva culpa de mi raza. Los blancos somos en el Perú para la gente de color responsables de tres siglos injustos. Vinimos de la tierra española hace mucho tiempo y el indio cayó aterrado bajo el relámpago de nuestras espingardas. Después trajimos en naos de tres puentes, del Senagal o de allende, con cadena en los pies y mordaza en la boca, «las piezas de ébano», como se dijo, entonces, que bajo el látigo del mayoral gimieron y murieron por los caminos,

También debía de ser aquella atrocidad cosa de blancos, pues la pobre india doncella, aseguraba la vieja, tuvo que fugar a lomo de mula muy lejos, de lado de Bolivia, con su esposo, que era carpintero, «¡Si supiera, niñito, las lindas maderas que trujo de por allí mi compadre Feliciano!»

El relato de la negra Simona comienza a ser tan confuso, que es menester resumirlo con sus propias palabras: «Gobernaba entonces el departamento un canalla judío como los hay tantos hoy día, niñito; uno de aquellos que hacen trabajar a los hijos del páis pagando coca y aguardiente no más. Si se niegan se les recluta para el ejército. Es la leva, que llaman. Fué así como obtuvieron aquellos indios que le horadaron el pecho al Santo Cristo; pero esto fué más tarde y todavía no había nacido aquí. Agarró y mandó el prefecto que los indios no salieran de cada departamento, mientras en la tierra vecina otro que tal, hereje y perdido como él, no quería que tuvieran hijos porque se estaba acabando el maíz en la comarca. Entonces se huyeron, a lomo de mula, la Virgen, que era indiecita, y San José, que era mulato, Fué en este tambo, mi amito, en que pasaron la divina noche. Las gentes que no saben no tienen más que ver cómo está vestida la Virgen con el mismito manto de las serranas clavado en el pecho; con el *topo* de oro y las sandalias, *ojotas* que llaman, en los pies polvorientos, sangrados en las piedras de los Andes. San José vino hasta el *tambo* al pie de la mula y en quechua pidió al tambero que les permitiera dormir en el pesebre. Todita la noche las quenas de los ángeles estuvieron tocando para calmar los dolores de Nuestra Señora, que no quería llamar a náidenes. Cuando salió el sol sobre la puna, ya estaba llorando de gozo porque en la paja sonreía su preciosura, su corazoncito, su palomita. Era una guagua linda, caray, que la Virgen como todas las indias quería colgar ya del poncho en la espalda. Entonces lo que pasó nadie podría creerlo, niñito. Lo juro por estas santas cruces que las llamas del camino se pusieron de rodillas y bajó la nieve de las cimas como si se hubieran derretido con el calor los hielos del mundo. Hasta el prefeto comprendió lo que pasaba y vino volando. Cuando quien te dice que a la hora del hora se viene derechito seguido por un indio cacique y el rey de los mandingas, que era esclavo del mismo amo que mi tatarabuela. Esos son los reyes magos que llaman. El blanco, el indio y el negro venían por el camino, entre las llamas arrodilladas, que bajaban de las minas con su barrote de oro en el lomo. Hasta los cóndores de las altas peñas no atacaban ya a los corderos. Entonces, como iba diciendo, llegaron los tres hombres al tambo y nunca más se ha visto que un prefeto blanco se ponga de rodillas junto a la cuna de un hijo del páis. Nunca en jamás los indios han vuelto a estar tan alegres como lo estuvieron en la puerta del tambo, bailando el cacharpari y mascando jora para la chicha que había de beber el santo niño. Ya los mozos de los alrededores llegaban trayendo los pañales de lana roja y los ponchitos de colores y esos cascabeles con que adornan a las llamas en las ferias. Y cuando llegó el prefeto con el cacique y el rey de los mandingas, todos callaron, temerosos. Y cuando el blanco dejó en brazos del niño santo la barra de oro puro, nuestro amigo sonrió con desprecio. Y cuando los otros avanzaron gimoteando que no tenían para su amito y señor sino collares de guayruros y esos mates de colores en que sirven la chicha de jora y las mazorcas de maíz más doradas que el oro, Su Majestad, como le estaba diciendo, abrió los bracitos y jabló... La mala gente dirán que no podía jablar entuavía; pero el niño Dios lo puede todo y el rey de los mandingas le oyó clarito estas razones: «El color no te ofende, hermano». Entonces un grito de contento resonó hasta los Andes y todos comprendieron que ya no habría amos ni esclavos, ni tuyo ni mío, sino que todos iban a ser hijos parejos del amo divino como habían prometido los curas en los sermones. La vara de San José estaba abierta lo mismo que los floripondios, y los arrieros que llegaban dijeron que los blancos gritaban en la casa del cura, con el látigo en la mano. Sin que nadie supiera cómo ni qué manera, en menos tiempo que dura una salve, se llevaron al niño en unos serones, poniendo al otro lado chirimoyas para que hicieran contrapeso. La Virgen y su santo Esposo iban detrás cojeando con el sepo en los pies.

«Y desde aquel tiempo, niñito, nadie puede hablar del estropicio en la provincia sin que lo manden mudar a chirona. Pero todos sabemos que Su Majestad murió y resucitó después y se vendrá un día por

acá para que la mala gente vean que es de color capulí como los hijos del páis. Y entonces mandará afusilar a los blancos y los negros serán los amos, y no habrá tuyo ni mío, ni levas, ni prefetos, ni tendrá que trabajar el pobre para que engorde el rico...»

La negra Simona tiró el pucho, se limpió una lágrima con el dorso de la mano, cruzó los dedos índice y pulgar para decirme:

«Un padrenuestro por las almas del purgatorio y júreme, niño, por estas cruces, que no le dirá a náidenes cómo nació en este tambo el divino hijo de Su Majestad que está en el cielo, amén».

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

(La Venganza del Cóndor).

Un apólogo de Esopo

Con razón se ha colocado en el rango de los sabios el fabulista Esopo de Frigia, porque todo lo más saludable y prudente que puede aconsejarse a los hombres lo ha enseñado, no con la imperiosa severidad acostumbrada de los filósofos, sino ocultando sus lecciones en aquellas elegantes y graciosas bábulas que despertaban útiles reflexiones en los ánimos dominados por los atractivos del placer, Tal es aquella en que, por la historia de un pajarillo y de su nidada, nos muestra con profundo atractivo que en todos los asuntos en que se puede llegar solo al término no debe apelarse a los demás, y que en tales casos lo más seguro es contar consigo mismo. Hay un pajarillo, que se llama alondra. Habita y hace su nido en los trigos con bastante anticipación, para que a la llegada de la siega sus polluelos estén ya cubiertos de pluma. Una alondra había hecho el nido en un trigo que maduraba antes de la estación; las espigas estaban ya amarillas y los polluelos no tenían pluma. Un día, la madre, antes de partir en busca de alimento para su nidada, les advirtió que observasen bien lo que ocurriese en su ausencia y que le refirieran exactamente a su regreso lo que viesen u oyesen. Marcha, y poco después llega el dueño del trigo, llama a su hijo, y le dice:—Ya ves que esos trigos están maduros y solamente esperan la hoz: mañana, pues, en cuanto amanezca vé a buscar a nuestros amigos y ruégales que vengan a ayudarnos a segar nuestro campo.—Habiendo hablado así, se alejó. Llegó la alondra; los polluelos acuden apresuradamente y piando en derredor suyo, le piden que les lleve, que busque cuanto antes otro asilo.—El dueño del campo, dicen, ha enviado rogar a sus amigos que vengan al amanecer para hacer la siega. —La madre les aquietó.—Estad tranquilos, les dice; si el amo cuenta con sus amigos para segar el trigo, no se realizará mañana la siega.—A la mañana siguiente salió la alondra en busca de la comida de sus hijos. El amo espera a los amigos que había hecho llamar; el sol se hace cada vez más ardiente, pasa el tiempo y no llega nadie. Impaciente entonces:—A fe, hijo mío, que los amigos son gentes perezosas. ¿Por qué no acudimos a nuestros deudos, parientes y vecinos rogándoles que vengan mañana para ayudarnos?

Nuevo terror para los polluelos de la alondra, que refieren a su madre lo que han oído, Esta les contesta de nuevo que estén tranquilos, que los parientes y vecinos no se dan prisa, ni hacen un favor inmediatamente.—Sin embargo, añade, continuad prestando atención a todo lo que digan.—A la mañana siguiente marcha en busca de comida. Los parientes invitados a venir a trabajar no parecen, Al fin dice el amo a su hijo: —¡Loco es el que cuenta con amigos y parientes! Trae aquí mañana al amanecer dos hoces, una para mí y otra para ti, y haremos la siega con nuestras propias manos. En cuanto lo supo la alondra:—Ahora, hijos míos, dijo, ha llegado el momento de marcharnos. Podemos estar seguros de que harán lo que han dicho, porque ahora el negocio está en manos del interesado y no depende del auxilio de otro. E inmediatamente la alondra se llevó la nidada, y el amo segó su campo». Tal es la fábula imaginada por Esopo para demostrar cuán poco debe contarse ordinariamente con el auxilio de los parientes y amigos. Pero, ¿acaso es otra cosa esta lección que el gran precepto que da a los hombres la filosofía, para que busquemos en nosotros mismos todos nuestros recursos y no considerar como perteneciéndonos, como siéndonos propio, lo que está fuera de nosotros y es independiente de nuestra voluntad?

«Tened siempre presente esta verdad: no esperéis nada de vuestros amigos en vuestros asuntos cuando podáis realizarlos por vosotros mismos.»

Contado por,

AULO GELIO

(Noches Aticas)

Arbol dorado

En mi tierra hay un árbol de oro y espinas,
—oro y espinas, todo un símbolo de América;—
oro de buen olor,
yo me enriquezco de él
como un moderno conquistador.

Dando mezquina sombra vive años y años,
sin leyendas que lo hagan ni mejor ni peor;
el invierno lo deja desnudo
y el buen tiempo lo viste con borlitas de sol.

Bien florecido alumbra; yo me encandilo en él;
parece un candelabro de mil luces doradas
que se ilumina solo, como de adentro a afuera,
para la velada de la primavera.

Es tan maravilloso que al verlo amanecer
así encendido, pienso que la noche anterior
los bichitos de luz han estado de fiesta
durmiéndose olvidados de apagar su farol.

Raro destino el suyo, ser bello y luego útil;
muerto para el paisaje nacer para el fogón,
y arder en brasas toda una faz de la luna...
¡envidiable destino, ser cada vez mejor!

FERNÁN SILVA VALDÉS

Uruguay.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica